

La decisión electoral

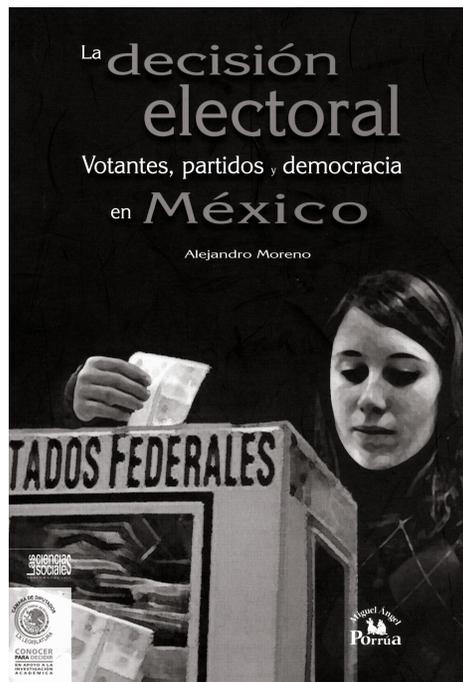
José Woldenberg

No resulta extraño que conforme la competitividad electoral se fue abriendo paso en nuestro país, las encuestas sobre las preferencias de los electores se hayan expandido. Esa herramienta de conocimiento, ampliamente utilizada en otras latitudes, en México tardó en aclimatarse por el carácter no competitivo de nuestro sistema político.

Pero una vez que los rastreos sobre las preferencias se instalaron, paulatinamente se volvieron más sofisticados. Ya no bastaba saber la intención de voto, sino los nutrientes de la misma. Y con el conocimiento acumulado en la materia Alejandro Moreno nos presenta un muy completo cuadro descriptivo y explicativo de los resortes que modelan “la decisión electoral”.

México vivió un proceso de transición democrática que logró desmontar un sistema de partido hegemónico y de elecciones no competitivas y edificó un sistema de partidos plural y competitivo. En una palabra, pasamos de un sistema autoritario a una germinal democracia. Y si ello fue así, en efecto las elecciones del año 2000, pueden ser vistas y evaluadas como las últimas de esa fase, tal como lo hace Alejandro Moreno.

Las elecciones del 2000 no sólo se diferenciarían de las del 2006 por “las coaliciones de votantes que apoyaron a las principales opciones políticas”, sino porque el eje fundamental ordenador de las mismas resultó radicalmente diferente. En el 2000 el eje continuidad-cambio ordenó buena parte de las preferencias de los electores, mientras en las del 2006, el eje derecha-izquierda imprimió su sello a esos comicios. Y ello es así porque esas elecciones, a pesar de estar muy cercanas en el tiempo, se dieron en marcos radicalmente diferentes.



Las primeras tienen una fuerte carga transicional y las segundas son típicas de un escenario democrático, en donde lo que se juega no es ya el formato mismo de la competencia, sino el rumbo general que deberá tomar el país.

Alejandro Moreno rastrea entonces las pulsiones de los electores. Se pregunta por las condicionantes que influyen en las decisiones colectivas e individuales. Observa sus fluctuaciones y realineamientos, y nos ofrece más que claves para explicarnos la mecánica de las votaciones en nuestro país.

Luego de realizar una muy puntual revisión de las escuelas que intentan explicar las motivaciones del voto (la perspectiva sociológica, la social-psicológica, la de la elección racional y la de los clivajes políticos), no renuncia a los instrumentos que se derivan de cada una de ellas para explorar la realidad mexicana. Se trata entonces de un libro con altos nutrientes de infor-

mación empírica —producto de encuestas realizadas entre 1986 y 2007, aunque la mayoría de ellas se efectuaron a partir de 1995—, pero filtrada a través del lente de las teorías en boga.

Comparto con Alejandro Moreno la idea de que el voto es modulado tanto por factores de largo plazo (como el partidismo o la ideología) como por factores coyunturales (las campañas o la situación de la economía). Pero lo que resulta más interesante en el texto que ahora comentamos es cómo esos factores se combinaron en las elecciones que modificaron el rostro de la política mexicana.

Contra una pulsión muy arraigada, Moreno demuestra que los electores mexicanos se identifican con alguno de los tres principales partidos. Que si bien las adhesiones a esos partidos se han modificado, esos institutos políticos, en conjunto, han obtenido alrededor del 90 por ciento de los sufragios en las elecciones que tuvieron lugar entre 1994 y 2006. Lo cual no deja de ser paradójico.

En todas las encuestas en las que se les pregunta a los ciudadanos por su calificación a los partidos (desde las del PNUD hasta las de la Secretaría de Gobernación, desde las de Latinobarómetro hasta las del IFE), éstos salen más que reprobados. No obstante, y a pesar de que en cada una de las elecciones apuntadas hubo en la boleta la posibilidad de votar por nuevas opciones, los tres grandes siguieron concentrando los votos.

No quiero ni puedo hacer un resumen del libro. Pero deseo compartir con ustedes algunas de las vetas del mismo, que ojalá sirvan para abrirles el apetito.

Las encuestas electorales en nuestro país han servido para medir las oscilaciones de los humores públicos; los avances, estan-

camientos o retrocesos de los principales partidos a lo largo de la contienda; el impacto que algún suceso relevante tiene en las preferencias del respetable; etcétera. Pero también se han convertido en la elección presidencial, en una especie de primera vuelta informal que hace que el tercer candidato, el que aparece con pocas posibilidades de obtener el triunfo según los rastreos de opinión, caiga aún más en las preferencias del público.

Eso sucedió en el año 2000 con la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas y en el año 2006 con la de Roberto Madrazo. En el primer caso, una vez que muchos de los electores supieron —gracias a las encuestas— que la presidencia se decidiría entre Francisco Labastida y Vicente Fox, abandonaron al ingeniero Cárdenas, aunque no al PRD (los diputados y senadores del PRD obtuvieron una votación más elevada que la del candidato a la presidencia). Y algo similar sucedió en el 2006. Cuando fue claro que el próximo presidente sería Andrés Manuel López Obrador o Felipe Calderón, muchos votantes del PRI dieron la espalda a su candidato, aunque no a sus legisladores. En ambos casos se trató del famoso voto útil.

Así lo dice Alejandro Moreno:

Las candidaturas que menos atrajeron el voto partidista fueron las del perredista Cuauhtémoc Cárdenas en 2000 y del priista Roberto Madrazo en 2006... lo cual denota que el voto partidista suele ser menor cuando se trata de un candidato rezagado... En México, una proporción determinada de partidistas que perciben pocas posibilidades de que su candidato gane la elección pudieran estar optando... por una segunda opción con más probabilidades de triunfo.

El libro ilustra también cómo el fortalecimiento del PAN y el PRD tiene que ver con el paulatino abandono del PRI por franjas de votantes. Y (creo) no podía ser de otra manera. El tránsito de un sistema de partido hegemónico a otro competitivo reclamaba esas mutaciones. Se trata de un círculo que se retroalimenta: el incremento en la competitividad fortalece a los partidos (en plural) y el robustecimiento de los partidos incrementa la competitividad, de tal

suerte que las migraciones políticas explican y son explicadas por esa dinámica.

En particular, el libro documenta cómo el PRD fue el que logró el mayor reclutamiento de seguidores entre 2003 y 2006. ¿Sería interesante saber qué pasó después, luego del tenso conflicto poselectoral? Las elecciones intermedias del 2009 son ya parte de una respuesta, pero por desgracia el texto cierra en el 2007.

Alejandro Moreno sostiene que la identificación partidista en México es estable. Pero al ver los datos que él mismo proporciona a mí me entra la duda. Lo cito:

De los entrevistados que se consideraban a sí mismos como panistas en febrero de 2000, 62 por ciento seguían siendo panistas en mayo de 2002, mientras que sólo el 14 por ciento se fue con otro partido y el restante 24 por ciento pasó a engrosar las filas de los independientes y los apolíticos. En contraste, 56 y 48 por ciento de los priistas y los perredistas, respectivamente, se mantuvieron fieles a sus partidos en el mismo periodo.

En sólo dos años esos movimientos masivos, que hacen perder al PRD a más de la mitad de quienes se identifican con él y al que tiene una capacidad de atracción mayor (el PAN) a casi el 40 por ciento de los suyos, ¿nos permite hablar de estabilidad en la identificación?

Por otro lado, quizás el tema mayor para la sustentabilidad de nuestra democracia sea el que ya han puesto sobre la mesa organizaciones multinacionales como el PNUD y la CEPAL, y que Alejandro Moreno retoma a su manera. Él encuentra que “las actitudes de los mexicanos hacia la democracia cada vez se vuelven más favorables, pero las opiniones acerca de los políticos, las instituciones y el nuevo sistema de partidos develan una fuerte desconfianza”. En esa dimensión no estamos solos. En un buen número de países de la región se ha detectado esa misma paradoja preocupante.

Porque mientras la democracia parece ser el sistema de gobierno más legitimado en América Latina, al grado de que en el terreno discursivo prácticamente no aparecen fórmulas alternativas, sus instrumentos (los políticos, los partidos, el Congreso) son apreciados con suspicacia, distancia y

malestar por franjas enormes de ciudadanos. Esa disonancia no es casual. Pero preocupa porque la democracia para funcionar requiere precisamente de esas instituciones. Porque sin ellas simplemente es imposible.

Al final, Alejandro Moreno hace una serie de preguntas cuyas respuestas seguramente modelarán la vida política en el futuro inmediato. Luego de constatar que “muchos mexicanos han experimentado una reconversión partidaria”, escribe:

¿Cuáles han sido las causas? ¿Qué papel ha desempeñado el control del gobierno federal y sus recursos para la ampliación de la base panista? ¿Ya tocó fondo la desalineación priista? ¿La respuesta favorable de los electores a los liderazgos perredistas realmente constituye una base de apoyo estable? ¿Qué ventajas tienen los partidos que controlan gobiernos locales para ampliar sus bases partidarias y cómo las están utilizando?

Y aunque las preguntas están fuertemente teñidas de la idea de una ciudadanía fuertemente dependiente de las relaciones clientelares, no dejan de ser pertinentes. Y pueden y deben dar pie a nuevas indagaciones.

Lo cierto, sin embargo, es que en México la vida política es hoy más abierta que en el pasado. Y que la etapa de los nacidos para ganar y los condenados a perder es ya parte de un capítulo (casi) cerrado de nuestra historia. La competencia entre partidos llegó, en buena hora, para quedarse y fomentará fenómenos de alternancia en los más diversos niveles de gobierno. Y por ello conocer los resortes que activan las decisiones y los alineamientos electorales no parece ser una veta que se explotará de manera coyuntural. Sino todo lo contrario: un territorio que reclama y reclamará investigaciones permanentes.

Estamos pues ante un libro expresivo, fundamental, lúcido para explicar las oscilaciones y las anclas de los votantes mexicanos. Un aporte de la investigación seria y sistemática a la academia y a la vida política. Un texto que lo mismo puede y debe usarse en el aula que en el debate público. ■

Alejandro Moreno, *La decisión electoral. Votantes, partidos y democracia en México*, Porrúa, México, 2009, 445 pp.